

NUESTROS VIAJES

Siguiendo nuestro plan informativo días pasados emprendimos el camino para visitar Ayna, ese pintoresco rincón que pudiéramos llamar sin pecar de exagerados la Suiza Manchega.

El auto que nos llevaba salió de Alcazoto y tras correr unos kilómetros por las pardas llanuras, se deslizaba por la carretera que serpenteando entre pinares tiene aspecto de paseo de un frondoso parque.

Fue entonces cuando de un modo imprevisto surgió el magnífico panorama. Figúrate un valle chiquito, rodeado de altas montañas cortadas casi a pico, cubiertas con el terciopelo de los verdes pinares, allá en el fondo el apretado caserío del pueblo reclinado en el verde cogin de las huertas, escucha la sinfonía que canta el agua de las cascadas, arroyos y regatos acordándose con la serenata del río Mundo, trovador de la belleza del pintoresco rincón.

Sentimos la emoción del peligro al descender la rápida pendiente en el atrevido trozo de la carretera, salpicado de cerradísima curvas y al fin el auto se detiene en la Plaza de la Constitución.

Nos dirigimos a la fonda y una vez limpios y arreglados, fué nuestro primer cuidado visitar a don Fulgencio Palacios y Palacios, joven y campechano, sencillo e inteligente y gran conocedor del pueblo, sus bellezas y problemas palpitantes, nadie mejor que el para nuestro fin informativo por sus dotes y ser el alcalde de la citada villa.

Le expusimos nuestro deseo, amable nos acompañó y empezamos un paseo en el que a manera de los peripatéticos de Grecia, lo amenizan las enseñanzas de la charla.

Por entre las tortuosas y empinadas calles ascendemos viendo el pueblo edificado en escalones y nuestro acompañante nos hace observar al ras del suelo el tejado de la casa cuya fachada viera completa por la calleja inmediata, desnivel que le da al pueblo ese aspecto de nacimiento construido por infantiles manos.

Nos habla el señor Palacios de como vino a la Alcaldía, hombre modesto dice fue un honor inmerecido y a requerimiento del señor Delegado para el que tiene muchos elogios, como en justicia merece.

Andando, andando hemos llegado a la Fuente de la Toba, lugar pintoresco en que una cascada, de salto en salto, se despeña desde más de 200 metros hasta unirse con el río Mundo.

Allí sentados sobre unas rocas, nuestro acompañante nos habla de cosas de la villa con el entusiasmo de su juventud.

—Fíjese que hermoso es esto.

—En verdad que sí...

—Ve V. aquí sería un sitio único para instalar

un sanatorio, el sanatorio manchego, escondido entre los pinos en estas montañas.

—Tiene razón aquí podría hacerse un sanatorio que reuniría unas condiciones envidiables y fomentar el turismo, para que este precioso rincón fuese conocido como merece.

Luego hablamos de la riqueza, y medios de vida del pueblo y por el sabemos que en Ayna la industria y riqueza principales son al cultivo del esparto y sus manufacturas, las maderas y las frutas y de entre estas el higo, del que nos hace grandes elogios, muy justos dada la fama que gozan.

Emprendemos el regreso y nuestra charla versa ahora sobre temas políticos.

—Puse como condición que el Ayuntamiento fuese independiente de la vieja política y así es, otra cosa que puedo decirle es que mas de un sesenta y cinco por ciento del pueblo es de la Unión Patriótica y que el somaten cuenta con numerosos afiliados.

Hemos llegado al sitio conocido por el Balcón pintoresco y apropiado nombre de aquél bello lugar, desde donde se domina casi todo el valle.

Desde allí nuestro amable acompañante nos lleva al Ayuntamiento, donde encontramos a sus compañeros, 10 concejales, entusiastas, ganosos de hacer labor útil en favor del pueblo y tan jóvenes como el Alcalde pues no pasará ninguno de los 35 años.

Ya en conversación general hablamos de proyectos y marcha administrativa del Ayuntamiento. Al llegar se encontraron con grandes deudas que han liquidado.

De la petición hecha para conseguir autorización para una corta de pinos en los montes del Municipio, así como les ocupa la construcción de un puente sobre el río Mundo, pues el que había se lo llevó la riada y el de madera que existe es debido a donativos de los particulares.

Ofrezco un pitillo y mi pitillera pasa de uno a otro sin verse honrada por ninguna mano ¡Ninguno fuma! Mala noticia para la Tabacalera.

Reanudada la charla me hablan del proyecto de la canalización y conducción de las aguas de la Toba, para abastecer a la población, contando con los ingresos de la corta de pinos para dicho fin.

Nos despedimos de los jóvenes concejales y acompañados del amable y campechano alcalde fuimos en busca del auto y cuando el coche ascendía por aquellas abruptas pendientes contemplábamos una vez mas, en triste despedida el bello rincón, coronado de pinares al que cantan su sinfonía de cristal las fuentes y el río Mundo y que pudiera llamarse la Suiza Manchega.

EL CABALLERO DE LA X.



LOS GUENTISTAS

UNA IDEA LUMINOSA

por ALFONSO ALLAIS



Esta mañana he recibido la visita de un diablo de hombre: de un inventor.

¿Le gustan a usted los inventores? A mi me gustan una barbaridad, hasta cuando no inventan nada, que es lo que suele suceder a casi todos los inventores. Me gustan por su idea fija, por la fé que brilla en sus pupilas y por lo descuidado de su porte.

En lo de la idea fija y en lo del fuego de las pupilas, el bueno de mi hombre entraba de lleno en la tradición; pero en lo que sobre pasaba lo que yo había visto hasta entonces era en lo del porte descuidado,

Especialmente en lo que se refiere a un botón de la americana que se metió como por casualidad en un ojal del chaleco y recíprocamente.

Más que nada, era pintoresco.

El hombre entró en mi casa como un huracán.

—Buenos días—me dijo—. ¿Como le va a usted?

—No peor que ayer—le respondí—. ¿Y a usted?

—¿Me conoce usted?

—¿Yo? En absoluto.

—Bueno: eso es porque ahora llevo barba. Y además, porque usted no me ha visto nunca.

Sin hacerle observar que en rigor bastaba esta última razón, me informé del motivo de su visita,

—Yo soy inventor, señor—respondió con arrogancia.

—¿Sí, eh? Lo había adivinado.

—Y vengo a ver a usted, porque sé que es persona inteligente, instruida y que no escatima el dinero cuando se trata de una buena idea.

Yo me inclinó.

En efecto, soy un hombre inteligente, instruido, y cuando una idea me parece práctica, ingeniosa o sencillamente rara, no vacilo en sacrificar un millón o dos para acometer a su realización.

Bruscamente prosiguió el hombre:

—¿Qué le gustaría a usted más: podrirse o quemarse.

—Perdone usted—dije un poco extrañado—: ¿podrirme?

—O quemarse... A ver responda usted.

—La verdad, caballero, es que la idea de podrirme no me seduce mucho y, en cuanto a la de quemarme, ¿necesitare confesarle que, de momento; no me siento irresistiblemente atraído por ella?

—En este momento, bueno; pero ¿y cuando se muera usted?

—¡Oh, cuando me muera!

Y esboqué un gesto de indiferencia.

Mi inventor continuó:

—Si podrirse en la tierra es tremendamente desagradable; pero ser quemado no es mucho mas atrayente.

—Sin embargo...

—No hay «sin embargo» que valga. Yo he inventado un procedimiento que sobrepuja a la cremación y a la inhumación. Yo substituyo todo eso por la inaección; si, señor; por la inaección.

—No está mal, no está mal.

—No se ria usted de mi antes de saber...

—Le aseguro, caballero...

—Dejemos eso. Ya ha muerto usted, ¿no es eso?

—Hombre, le diré...

—Es una suposición. Usted ha muerto; me traen su cuerpo, yo lo meto en mi horno...

—Pero eso es sencillamente la cremación.

—Permitame que siga. Lo meto en mi horno.

un horno particular, de mi invención y lo deseco. Lo deseco, ¿lo entiende usted bien? Lo deseco. No lo cuezo, ni lo aso, ni lo quemó; lo DE-SE-CO. Es decir, que lo desembarazo, por evaporación, de toda el agua que contiene... ¿Sabe usted cuál es, aproximadamente, la proporción de agua que entra en el cuerpo humano?

—Le confieso que...

—Pues bien: un ochenta por ciento, aproximadamente; o sea las cuatro quintas partes...

—¿Tanto?

—Sí, señor, tanto. Así, el Napoleón I de quien ustedes han hecho un Dios...

—Yo no le he dicho nunca que...

—No me interrumpa. Napoleón I, de quien ustedes hacen un Dios, pesaba ochenta y dos kilogramos, lo que representa unos sesenta y cinco kilogramos de agua. Pues por cada ochenta y dos gritos de *Viva el Emperador* de los que ustedes lanzaban cuenta usted que sesenta y cinco se los daban al agua pura. ¡Eso, y no más que eso, son las grandezas humanas!

—¡Oh, que materialista!

—¿Es usted casado?

—Por ahora, no.

—¿Tiene usted una amante?

—Una amante es mucho decir; pero, en fin, tengo una novia.